

sales insiste en esta genialidad de Cervantes. El autor, valiéndose de su arte de narrar, es capaz de transformar la trayectoria previsible de sus personajes. Y éstos a su vez adquieren la libertad de ser, de vivir, su propia aventura. Rosales estudia la dialéctica del autor y sus personajes, una de las encrucijadas claves, donde se abre y cierra la libertad del creador, sus posibilidades y limitaciones.

Los personajes de ficción adquieren la dimensión de hombres cuando se historiza sobre ellos. Recuérdese el genial recurso cervantino de ofrecer la novela de Don Quijote y Sancho Panza como la historia de un ingenioso hidalgo, tomada del historiador Cide Hamete Benengeli. Cervantes juega con la ambigüedad entre ficción y realidad (historia). Don Quijote y Sancho aparecen como dos personajes históricos que leen su pasado, que viven y hacen aventuras para un presente que será luego historia, letra impresa.

En el *Quijote* admiramos la veracidad de su aventura descabellada. (¿Quién no ha creído, alguna vez, que Don Quijote y Sancho existieron de verdad, como hombres? Alguno dirá: ¿Qué mayor existencia que la de los seres de ficción inmortales?). Don Quijote es más real que Alonso Quijano, pues muy poco interesa su historia anodina, hasta que se convierte en Don Quijote. No se olvide que de su nuevo nacimiento de caballero andante a la literatura, a las novelas de caballería que le enloquecieron. Don Quijote actúa con la ingenuidad del niño, con la ensoñación del adolescente. Su andadura de la vida, los múltiples fracasos (como en Cervantes) le harán hombre. Y curiosamente alcanzará la hombría, la sensatez en el momento de su muerte, cuando renuncia a Don Quijote y vuelve a ser Alonso Quijano. Sin embargo la obra, o la intención no se cierra. Es también el momento en que Sancho desengañado de su pobre realidad cotidiana quiere convencer a su señor de nuevas salidas, quiere convencer (para mayor ironía) a Don Quijote de su quijotismo.

Las salidas de Don Quijote son escapatorias de la realidad, como tantas empresas españolas. Rosales insiste en que muchos personajes cervantinos viven huyendo de algo o de alguien (Marcela, Antonio Villaseñor, Renato y Eusebia, el licenciado Vidriera, Persiles y Segismunda..., el mismo Don Quijote). Los personajes se inventan salidas o viales. Buscan la soledad, la libertad perdida de la edad dorada, el mundo ideal de la naturaleza pastoril, el amor platónico. Huyen de su vida cotidiana, civilizada, para buscar la paz del campo.

La huida produce soledad, desarraigo. Rosales habla de la isla de cada español, dolor de alma. Pero los personajes cervantinos asumen su dolor estoicamente, como si el amor o la libertad sólo se alcanzasen en el crisol del sufrimiento. Padecer y no morir. Sentimiento dolorido de la vida. Los personajes cervantinos sufren y se purifican. No vacilan porque tienen esperanza. No son más desengañados pese a sus ilusiones frustradas.

Las salidas de Don Quijote son huidas de la realidad, como los viajes de Persiles. Lo son las aventuras de los caballeros andantes y el gusto por la naturaleza en las novelas pastoriles. Alienaciones dirán los rigurosos críticos materialistas. Pero ¿qué sueño no lo es? Los grandes personajes de la literatura, Edipo, Antígona, Hamlet, Don Quijote, Werther son seres alienados. Buscan, fuera de sí, su identidad y creen encontrarla, unos en el amor, otros en la aventura. (La personalidad, tantas veces —léase hé-

roes y grandes hombres— es una hipertrofia de la persona y una merma del hombre.) Hasta Don Quijote se muestra orgulloso de su importancia y le interesa más la representación de su papel que la realización de su obra, de su hombría.

El segundo nacimiento

Señala Luis Rosales: «Todos los principales personajes cervantinos han nacido dos veces: la primera, a la vida; la segunda, a su vida elegida. Todos ellos también viven su vida al día, y por así decirlo, llevan también su muerte al día.» (Pág. 327) Nadie elige su nacimiento, lo cual condiciona las posibilidades de la mayoría de los hombres, que no pueden realizarse más que a un alto coste, saliéndose de sí, desterrándose de su medio, siendo otros; y sin embargo no podrán sentirse sino advenedizos. Sólo en los países sin historia (Estados Unidos) el esfuerzo convierte en aristócratas a los decididos, a los aventureros. No sólo se heredan las haciendas, también los apellidos. Los héroes cervantinos, oscuros en su primer nacimiento, tenían que labrarse un nombre con el esfuerzo. Don Quijote necesitaba aventuras y victorias para ser él y no un olvidado hidalgo manchego. Nació como personaje el día que fue armado caballero, cuando el actor de la caballería andante se impuso al hombre provinciano. Arnold Hauser en su clásica *Historia social de la literatura y el arte*⁴ ha estudiado el interesante papel desempeñado por la caballería advenediza en los rituales cortesanos y su ascenso social por medio de los códigos caballerescos y la adoración de la dama palatina. Según Hauser, la mayor parte de la caballería accedió de gentes al servicio de los grandes señores, como administradores de fincas, los funcionarios de corte, los directores de talleres del feudo y los miembros de la comitiva y de la guardia, principalmente escuderos, palafreneros y suboficiales. Hubo un tiempo (finales del siglo XII y principios del XIII) en que los caballeros, procedentes en su mayoría de origen servil, se conforman como grupo y se cierran como casta, transmitiendo sus privilegios a sus herederos. Es un proceso que se repite en la ascensión de las diversas clases sociales. Al «homo novus» que quiera ingresar en el «status» se le exigen pruebas difíciles y cumplimiento de códigos de cortesía, que en el fondo esconden un sentimiento de inferioridad de la «nueva» clase. Hauser retrata a la caballería así: «Su estilo de vida, inspirado en el principio de *noblesse oblige*, en su prodigalidad, en su gusto por las ceremonias, en su desprecio de todo trabajo manual y de toda actividad regular de lucro, es totalmente antiburgués.»

El quijotismo, representante de un cierto espíritu español, es también antiburgués. Además Don Quijote aparece en su tiempo como un caballero andante, completamente anacrónico. Cervantes sabía que la edad heroica había terminado, a pesar de su admiración por Carlos V, quien además dependía de banqueros como los Fugger y de la recaudación de tributos pagados por los burgos para sus empresas militares. (De recaudaciones y tributos, también supo Cervantes.)

Don Quijote era hidalgo, hijo de su heredad; pero ya abundaban los hidalgos pobres, como aquel escudero de tan sólo capa y espada que tapaba la miseria y el hambre

⁴ ARNOLD HAUSER: *Historia social de la literatura y el arte*, Guadarrama, Madrid, 1974.

y que disputaba a Lazarillo un mendrugo de pan. Alonso Quijano era un acomodado hidalgo de pueblo que vivía de sus rentas y bajo su disfrute podía dedicarse a sus lecturas. (¿Diríamos que era un hombre aburguesado?) Le atraía la aventura porque llevaba una vida sedentaria, anodina. Para ser un héroe se re-viste de armaduras mu-grientas y elige la aventura para ser Don Quijote de la Mancha. Es un «homo novus» que se olvida de quien fue, hasta el momento de su muerte, cuando retoma el nombre y el alma de Alonso Quijano. Los mayores héroes o ingenios no suelen darse entre los «situados», porque ya no tienen nada que ganar, sino entre los hombres nuevos que luchan por su nombre y arriesgan su vida y su talento.

La naturaleza como huida

Los personajes cervantinos eligen dos formas de libertad —o de huida— minuciosamente estudiadas por Luis Rosales: el retiro campestre de la novela pastoril y el viaje. Son dos formas de evasión de la realidad, de alienación. La primera es interior, hacia la melancolía y el ensueño. La segunda es extravertida, un salirse de sí mismo, en búsqueda de algo, más que de alguien.

La novela pastoril, es un mundo irreal, idealizado, lejano a nuestra sensibilidad estética. Un mundo de mentira bella, en el que se fingía. El caballero era un fingidor. También el poeta, desde Petrarca ⁵. El cortesano —equilibrio del caballero y del poeta— representaba sus amores —reales o poéticos—, bajo la apariencia de pastor. La huida del palacio o la civilización, fue siempre una salida de las sociedades cansadas que alcanzan el refinamiento, sean antiguas o modernas. El Renacimiento ⁶ también supuso un cansancio cortesano en el disfrute de los placeres y una vuelta a la sencillez del campo.

El ideal pastoril encandiló tanto a los humanistas como a los poetas. «Encanta lo mismo a Fray Luis de León que a Juan de Mal Lara» (pág. 225). En él se unían el ideal de la belleza del campo y el eticismo humanista, resumidos como ejemplo en «A la vida retirada».

La novela pastoral española tuvo una vigencia estética de un siglo, desde la segunda mitad del siglo XVI a los primeros decenios del XVII. El pastor se convirtió en un héroe de la literatura como el caballero andante. Recuérdese que Don Quijote al ver fracasada su trayectoria heroica, tras la derrota a manos del Caballero de la Blanca Luna, decide hacerse pastor. Era el otro camino posible de huida. La vida contemplativa se mostraba como otra forma de vivir, no auténticamente. Los pastores elegían la soledad para purificarse, en una dimensión ascética y mística, en lo que Rosales, acertadamente, llama «el noviciado del amor». La Arcadia es un mito, una tierra idealizada que con frecuencia tienta a los poetas ⁷. La literatura puede que sea un desacuerdo con

⁵ Es una idea que llega hasta el fingimiento heteronómico de Pessoa y que atrae a Luis Rosales.

⁶ Sobre el tema continúa siendo un libro clave *La cultura del Renacimiento en Italia* de Jacob Burckardt.

⁷ Recuérdese lo mucho que ilusionó a algunos de los poetas de la generación de 1936 como Rosales, Vivanco o Panero, la nueva Arcadia del Guadarrama.